

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

D. Pedro Motilba

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMENARIO ILUSTRADO

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

AÑO XI

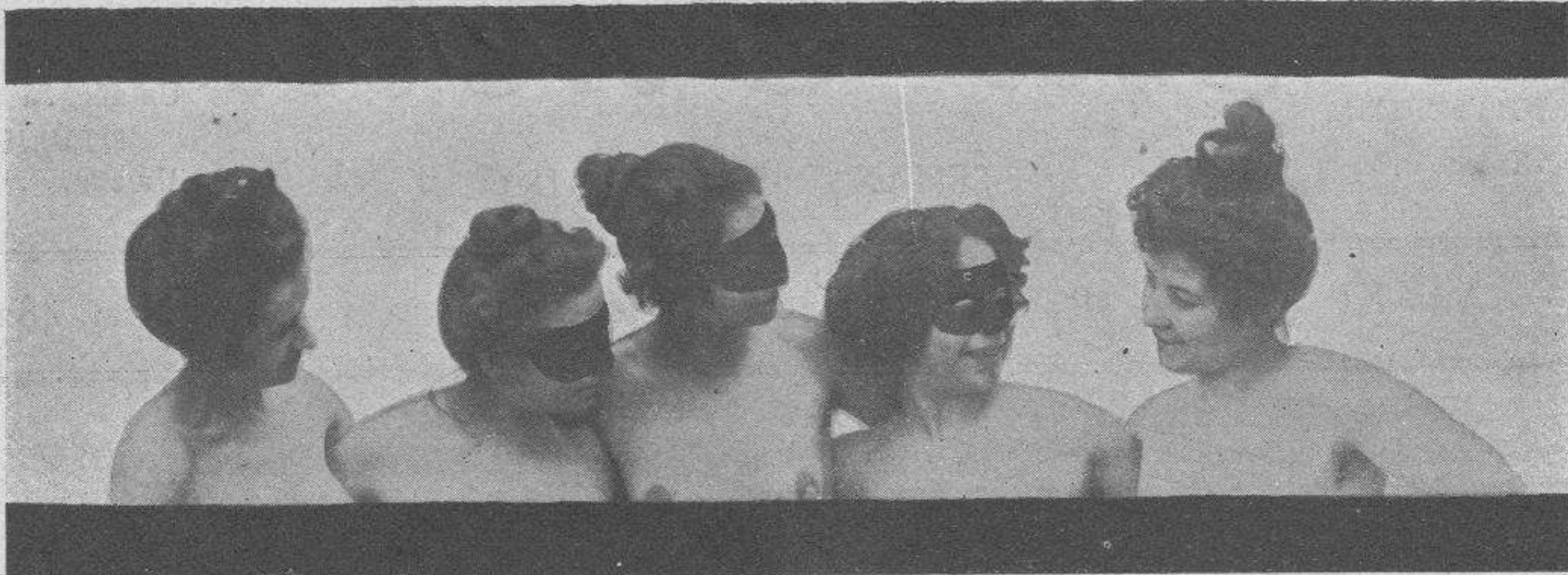
BARCELONA 15 DE FEBRERO DE 1900

NÚM. 482



J. BOÏÉ

REUTLINGER



En el Baile

A DIÓS, Luisito!
¡Hola!

—¿A dónde vas?
—Hija, esa pregunta hecha aquí, en un baile de máscaras, me parece una tontería.
—Es verdad que no vendrás á defender pleitos, como haces fuera todo el año.
—Claro, ni á encargarme ropa, como' también suelo hacer todo el año.
—Vendrás á divertirte.
—Según, si encuentro con quién.
—Aquí me tienes á mí.
—¿De veras?
—Creo que reuno las condiciones que exijas.
—Son tres nada más: que seas bonita, que seas alegre y que tengas poca vergüenza.
—Me parece que el que no tiene ninguna eres tú.
—Yo te digo las condiciones que impongo.
—Bien, dame el brazo.
—Pero quedamos en que...
—No quedamos en nada, no seas pesado; ¿y tu mujer?
—En casa durmiendo.
—¡Pícaro! La dejas á la pobrecita durmiendo y te vienes al baile; ¡cómo la engañas!
—Nó, dispensa, quien se engaña eres tú; ella sabe perfectamente que he venido aquí.
—¿Y te deja?
—¡Claro! Sabe que en estos sitios de aventuras fáciles, no se contraen compromisos serios, de esos que turban la dicha de un hogar.
—¿Por qué no?
—Por la clase de gente; y si no, ya ves: vuelve la vista en rededor. Estamos los de siempre, dos docenas de calaveras empedernidos y otras dos docenas de perdidas.
—¡Hombre, gracias! ¿Nos contamos tú y yo?
—Sí, he dicho *estamos*.
—Eres un grosero.
—¡Malo! Por lo visto no eres tú la máscara que necesito; te he dicho que la quería con poca vergüenza.

—Dí, mejor, sin ninguna.
—Como quieras; no hemos de reñir.
—Vaya; hablemos de otra cosa.
—Hablemos; eso no cuesta dinero.
—¿Qué has hecho de aquella rubia con la que tenías relaciones hace dos años, antes de casarte?
—Me la he comido.
—Vamos, contesta en serio.
—¿Te interesa su suerte?
—Sí, era amiga mía.
—Ya. Pues te diré que se ha metido á persona formal.
—Antes no lo era, puesto que estaba *liada* contigo.
—Antes, por lo menos, acreditaba tener buen gusto. Pues hija, se ha casado.
—Vamos, ha sentado la cabeza.
—Más; ha sentado todo el cuerpo.
—Ha hecho bien. Tú nunca lo hubieras hecho.
—¿El casarme con ella? Nó, hija, nó, de no haberme vuelto loco.
—¡Sí que te hubiera ido mal!
—Temí que le fuera á ella. Más vale que hayan pasado las cosas así. Y ahora oye, ¿tú quién eres?
—¿No lo ves?
—Nó, no veo más que un capuchón verde; pero, ¿y dentro?
—Una amiga tuya antigua.
—¿Qué lástima!
—¿Cómo, qué lástima?
—Claro, porque las amistades que yo he tenido siempre, han sido un poco *medianas*.
—Alguna vez habrás tenido una amiga buena, leal y cariñosa.
—Sí, una tuve de esas condiciones.
—¿Lo ves? ¿quién era?
—Una perra. En un día de caza me la mataron; yo creo que lo hicieron á propósito.
—¡Una perra! Ya sabemos que has tenido más amigas que esa, si tu casa hablara.
—¿Mi casa?



MISS MAY MARTON

ALFRED ELLIS

La Saeta

La Saeta

—Sí, donde vives; la escalera sabe muchos secretos tuyos.

—¿Hola?

—Y de alguien más; de la señora del comandante de carabineros, que el año pasado vivía en el tercero de la izquierda; de sobra sabía todo el mundo que os entendíais.

—¿Quién! ¿El comandante y yo?

—Nó, la señora. Ya sabes que todas las semanas, cuando el comandante salía *afuera* para impedir el matute, tú lo metías en su casa.

—¿Eh?

—Sí, porque meter matute, era el introducirte en su casa sin permiso suyo.

—Porque estoy seguro que no me lo hubiera dado.

—¡Toma! Acuérdate del día aquél que te sorprendió en su casa, y tú, para bajar más deprisa, bajaste la escalera montado en el pasamano.

—¡Diablo, qué bien enterada te hallas!

—Yo lo creo.

—Entonces, ya sé quién eres.

—¿Sí? ¿quién?

—La portera.

—¿Tengo yo tipo?

—Pues entonces, el propio comandante.

—Vamos, vamos, que tienes unas cosas... ¿Soy un hombre?

—Eso lo sabrás tú... y algún otro amigo tuyo.

—Soy, ya te lo he dicho, una antigua amiga tuya, que está enterada de todo y que lo sabe todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¡Recontra! Serás una colección de *El Imparcial*, porque de otro modo es imposible saber tanto.

—Y además, sé algo que tú ignoras.

—¿De veras?

—¡Vaya! Relacionado contigo. ¿Te acuerdas cuando tenías relaciones con Amparito, aquella chica corista?

—Sí, bien me acuerdo de la tal.

—Pues tú te creías que eras solo el que mandaba en ella y has de saber que estabas equivocado

—¡Mentira!

—Verdad, porque tus amores eran como las *piecitas* que se estrenan ahora en los teatros, que son de tres ó cuatro autores lo menos, y si además no son inspiradas del francés.

—Tú eres alguna compañera suya á quien tal vez la envidia y el despecho hacen decir eso.

—¿Quién, yo? Cá, no soy ni he pretendido ser nunca amiga ni compañera de nadie.

—Entonces vas á decirme quién eres, máscara.

—Suéltame del brazo, hombre, que me haces daño.

—Nó, no te suelto; tengo que saber quién eres.

—Nó, nunca.

—Quítate la careta.

—Menos.

—Te la quitaré yo (*se la quita*). ¡Braulia! ¡Mi cocinera!

—Perdón, señorito; yo quería correr un bromazo.

—¿Y lo has corrido á costa mía? Corriente; ponte otra vez la careta, agárrate de mi brazo y terminaremos la noche alegremente.

—¿Me perdonará usted?

—Claro, mujer; esta noche eres una... una de éstas, pero mañana en cuanto llegemos á casa te despido; ha sido demasiado fuerte la bromita.



—¡QUÉ FUERZAS SACAS! NO HAY QUIEN PUEDA CONFIGO.

—PUES ÉL NO NECESITA MÁS QUE MIRARME PARA RENDIRME.

AGUSTÍN R. BONNAT

Cañitas

I

¡Qué bonito, qué bonito
es el perfil de tu cara!
Parece un jirón de cielo
que se refleja en el agua.

II

El mentir es un pecado,
pero pecado pequeño.
San Pedro mintió tres veces
¡y ya ves que está en el cielo...!

III

Siendo rico crees que vales
más que todos los demás.
¡Con moneditas de cobre
formo cualquier cantidad!

IV

Yo no sé qué les sucede
cuando tocan las campanas;
¡ora parece que lloran!
¡ora parece que cantan!

V

Para explicar nuestra vida
hay bastante con dos versos.
Nos quisimos cuando niños.
Nos queremos cuando viejos.

VI

Una reja con claveles
he visto yo esta mañana.
¡Ay qué marco más hermoso
para que encierre tu cara...!

VII

No me ofrezcas un cariño
que después me has de negar.
Pareces reloj de sol
que aunque señala, no dá.

VIII

Madre, deje que me mire
en las niñas de sus ojos,
¡que no ha tenido mi cara
otro espejo más hermoso!

IX

Al ver dos novios, me acuerdo
de los días de verano.
Mientras son novios... sereno,
y si se casan... nublado.

J. ENRIQUE DOTRES



UN ASALTO DE CONSECUENCIAS INCALCULABLES

STANDARD

Acuarela valenciana

GARBOSA y ágil, cimbreando con gracia las caderas, Rosa, con su ligero andar, dejó pronto tras sí las últimas casas de la pequeña aldea y avanzó por el polvoriento camino que se perdía á lo lejos detrás de una colina.

Ni una nube manchaba el blanquecino cielo. El sol caldeaba la tierra y arrugaba las hojas de los vegetales. En la superficie de la ancha acequia, que seguía las caprichosas curvas del camino, el sol se reflejaba roto en mil chispas, cabrilleando; de trecho en trecho, algún arroyo soltaba su hilillo de agua en la acequia común, bordeada de lirios.

Rosa, llevando en una cesta la comida para su padre, caminaba con rapidez, sin manifestar cansancio, sin que el sol pareciese molestarla.

Miraba con indiferencia la pantanosa llanura que se extendía por todas partes, cubierta de doradas espigas y surcada de líneas verdes, que la dividían en infinitas parcelas.

Algún sauce solitario, arraigado al borde de una era, rompía la pesadez de aquel paisaje.

El relincho del caballo que trillaba en la era; el canto melancólico de algún segador; el prolongado *riss* de las espigas al rozar sus aristas, empujadas por el viento, eran los únicos rumores que se percibían, extendiéndose claros y vibrantes por encima de aquel mar de arroz, de aquel dorado arrozal que parecía no tener fin.

Rosa no se fijaba en el paisaje.

Llevaba en su cerebro, y podía transformar á su antojo, otros cien paisajes, en los cuales se veía á sí misma, retozando con un mozalbete de anchas espaldas y moreno cutis.

Soñando y andando, llegó á alcanzar al *tío* Juan, un viejo medio vivo que cabalgaba sobre una pollina medio muerta.

Las orejas de la pollina debían pesar como lingotes de plomo; tan caídas las llevaba.

—¡Con Dios, *tío* Juan!, dijo la muchacha al alcanzarle.

—Él te guarde, Rosa. ¿Dónde vas tan aprisa, concho?

—Es su borrica la que va despacio, *tío* Juan. Voy á llevar la comida á mi padre, que está segando.

—¡Concho! Ya me figuro por qué va tan despacio mi pollina... ¿A que Vicente siega hoy con tu padre?

—¿Y qué tiene que ver?...

—Yo me entiendo, concho. Ya sabes que los viejos somos muy maliciosos. Aun sois novios, ¿eh?

—Sí, señor; aun somos novios.

—¡Por muchos años!

—¡Demonio de viejo! ¡Y lo dice como un cumplido! ¿Tan pocas ganas tiene usted de que me case?

—No es eso, concho. Es que...

—Vaya, *tío* Juan; mi padre me espera. Dios le guarde.

Y se alejó deprisa, algo enojada con el pobre viejo.

Cerca de la colina abandonó Rosa el camino, y por un atajo llegó pronto á una espaciosa era, sombreada por un sauce.

En el campo lindante con la era, estaban segando la dorada mies algunos jornaleros, dirigidos por Vicente y el padre de Rosa.

Todos, formando desigual hilera, encorvados, sudorosos, recibiendo á plomo los rayos del sol en sus espaldas, segaban con las relucientes



—¡CÓMO NOS MIRA ÉSE



ORUGA

STANDARD

hoces puñados de espigas, que luego extendían sobre grandes montones de crujiente paja. Cuando divisaron á Rosa, suspendieron el trabajo y se reunieron en la era.

Rosa entregó á su padre la cesta y saludó á Vicente, quien estaba huraño y apenas la miró.

Agrupados sin orden, á la sombra del sauce, cada cual comenzó á devorar su frugal comida, y terminada ésta, todos los hombres se tendieron sobre haces de paja, no tardando en dormirse rendidos de fatiga.

Vicente fingía dormir.

Rosa, sentada junto á él, pensaba. Pensaba que el mal humor de aquel buen mozo, á quien quería tanto, no desaparecería sino con un beso. Con un beso que le venía pidiendo mucho tiempo hacía. Pero ¿debía dárselo? ¿Pues no lo deseaba ella tanto como él? Además; ya había resistido cuanto le era posible... ¡Tendría que ceder!

Rosa sonrió; cogió una espiga y con ella rozó suavemente el rostro de su novio; él movió un poco la cabeza. La espiga paseó de nuevo por la cara de Vicente, él ahuyentó con la mano el simulado insecto. La espiga se introdujo entonces por el oído de Vicente y la mano nerviosa que la llevaba, vióse, de pronto, cogida por otra mano, ancha y callosa.

Ella rió; él no pudo reprimir una sonrisa.

—Vicente, ¿por qué estás tan huraño conmigo? ¿Es que no me quieres?

Bien sabía ella que sí.

—Rosa... ¡Te quiero con toda mi alma!, dijo Vicente, pero tú no tienes corazón; sabes que sufro; y sufro por un beso, que siempre me niegas...

Rosa fingió enojo. Estaba decidida á darle el beso, pero quería resistir por última vez.

—No seas terco, Vicente... Me vas á enfadar.

Vicente se sentó muy cerca de ella y le habló bajito, con trases cortas, nerviosas.

—Mira... todos duermen... yo te quiero, Rosa... lo sabes tú .. te quiero... Cede... ¡Bésame!

Rosa no contestó; apeló á su último recurso para resistirse. Fingió llorar. Se cubrió el rostro con las manos y por entre los dedos miraba á Vicente. El no podía verla llorar; se enterneció en seguida y acababa por desistir.

Una lagartija de pardo lomo y puntiagudo hocico, subió audazmente por la falda de Rosa;

La Saeta

el cosquilleo de sus patas la asustó y ahogando un grito, se levantó de pronto y sacudió sus faldas para arrojar al bicho.

Entonces vió Vicente secos los glaucos ojos de Rosa; se burló de su treta, le cogió las manos...

La besó, sí; no hubo resistencia; al contrario, el beso largo y apretado de Vicente fué pagado con otro trémulo y silencioso.

Rosa se levantó en seguida, roja como una cereza, sin mirar á Vicente.

—Adiós, padre; hasta la noche, dijo, despertándole.

Saludó á Vicente, sin mirarle; recogió la cesta y se fué, sonriente y recelosa.

No se atrevía á volverse. Ya lejos, la distancia le dió valor y volvióse para mirar á Vicente, que yacía de pie sobre un montón de paja, con la hoz bajo el brazo y una mano sobre la boca, como queriendo aprisionar un beso...

A. SERRA CUBELL'S

A una Máscara

Misteriosa enmascarada
de una noche transitoria,
perla sin mancha engastada
en la sortija dorada
de mi ventura ilusoria.

Tú me has querido matar,
tú has venido á despertar
de su pena y su agonía,
á un corazón que dormía
sumido en hondo pesar.

Tú en el baile me has buscado
sin dejarme satisfecho;
tú de amores me has hablado
y tus frases han llenado
el vacío de mi pecho.

Tú en el cielo de bonanza
blanca estrella te has fingido;
tú de muerte me has herido;
tú me has dado la esperanza,
de querer y ser querido.

Y después que yo te amára,
con una verdad tan clara
que apenas brilla en el hombre,
ni puedo saber tu nombre,
ni puedo admirar tu cara.

Yo tus deseos acato
si amante al mío te entregas:
deja ese falso recato
y sepa yo con quien trato
y sepas tú con quien juegas.

Y no te asuste, mujer,
mi dulce y ardiente anhelo,
déjate, por Dios querer;
no me obligues á creer
que me estás tomando el pelo.

Mas si tan sólo, atrevida
cifraste tu diversión
en ganarme la partida,
no destruyas mi ilusión
sin arrancarme la vida.

Que si un porvenir fecundo
en ventura, se derrumba,
es un dolor muy profundo
andar muerto por el mundo
sin asilo de una tumba.

A. ARROYO MANJÓN



—EL CAFÉ QUE MÁS GUSTA Á LOS HOMBRES... ¿CUÁL ES?
—CARACOLILLO.



Aventura extravagante

—Pues sí, el perro... el perro es animal superior al hombre, que, claro está, resulta muy por debajo, en especial el perro.

Esta oratoria tan pintoresca que utilizó la señora del duque Egey, senador, plenipotenciario, presidente de no sé cuantas corporaciones, etcétera, para demostrar su enemiga contra el sexo contrario, fué como la mecha que enciende una mina cargada: todas las oyentes, lo que digo, todas, sin descontar una, soltaron el trapo, se echaron á reír según expresarían un ingenio menguado y fal-

to de facundia... y de otras cosas, y poniéndose hoscas, digo, en actitud hostil, aprovechando un momento de calma en que no se rompieron campanillas y más campanillas como se rompen en el Congreso cuando se dan borrascas y sesiones de alboroto

—Y... ¿quién sabe si aquella zagala que reía todos los días era su media naranja, según dice el vulgo? Lo que me consta es que él, Pepe Réguzna, estaba decidido á salir del aprieto. «Una más, se dijo», y emprendió la conquista del alma, no del cuerpo.

Por eso se quejaba ante sus amigas que permanecían silenciosas en medio del salón. Se quejaba, digo, de que se le pusieran cortapisas y se refrenasen sus gustos.

¿De qué se trataba? Claro está que nada pudo hacerse para disuadirle de su empeño.

—No es esta hora de publicar un estudio, á propósito del macho: á los hechos me atengo, continuó explicando Manuela Gomer; yo he dejado ayer á un amigo, á un hombre, que yo llamaba amigo junto á su casa. Hablando, hablando, ví que el perro, un galgo echado á sus piés, ladraba ó gemía, manifestando su enojo ó su tristeza. Poco después nos despedimos, y eché á correr, porque el cierzo de la noche me obligaba á ello, en demanda de mi domicilio.

No tardé en notar que el perro, fiel compañero del hombre, según dicen ellos, me seguía. ¿Por qué? Había notado el pobrecillo que su amo me trataba con predilección, y como se olvidara éste de darle albergue, viéndose sólo y abandonado lanzóse en pos de mí, como presintiendo que yo tenía obligación de protegerle, de no dejarle desamparado en mitad del arroyo.

Al pronto no me fijé en semejante cosa; el perro no corría como cuando sigue al amo, sino vacilando, consultando mis movimientos, la dirección de mis pasos. Le hice una caricia y el animal saltó con extremos de loca alegría. Entonces no vacilé ya. Abrí la puerta y metí al perro en mi casa. Puesto que el perro es el amigo más fiel, no quiero más tratos con los hombres.

Las amigas de Manuela celebraron con alegres risotadas y brindando aquella aventura extravagante.

ELENA VILLANUEVA SANZ



BELLEZA IDEAL

REUTLINGER



BELLEZA TENTADORA

OGERAU

LIBROS Y COMEDIAS (1)

B. PÉREZ GALDÓS.—NOTAS ÍNTIMAS.—VERGARA

I



El primer libro de Pérez Galdós que cayó en mis manos, casualmente, fué *La Familia de León Roch*; á duras penas contaría yo entonces trece años. Recuerdo que ocurrió esto cierta tarde dura de invierno y en una ciudad pintoresca de la provincia de Alicante, arrullada por el Mediterráneo, donde no es más que otoño apacible, melancólico y triste la estación invernal. Los viejos más viejos miraban con asombro aquellas calles, cuyo suelo terroso desaparecía debajo de la nieve. Reinaba grave silencio, interrumpido sólo por las voces agudas de cuatro ó cinco irlandeses que se perseguían arrojándose puñados de hielo, con alborozo infantil; aquel cielo gris, sucio; aquel aire seco, que hería como el cristal la epidermis; aquel paisaje blanco, exageradamente blanco, despertaban en su espíritu el grato y sagrado recuerdo de la patria. Era una tregua para las nostalgias del terruño; era día de fiesta para las almas ausentes. En la mía, acostumbrada á los horizontes azules, despejados; al ambiente tibio, meridional; al sol espléndido, radiante, agotada la sensación del espectáculo nuevo, el influjo fué otro. Sufrí la estúpida pesadez de las horas sombrías, oscuras, aletargadas, si se me permite, que aplanan el ánimo, pasando sobre él con tediosa lentitud. Toda la naturaleza me parecía helada, muerta, sin esperanzas de resurrección. ¿Dónde habían volado los rumores deliciosos que traía el viento siempre y no entonces, robándolos al burbujear de las olas, débilmente irritadas por la brisa, y al oreo del aura en las hojas de los árboles y en los pámpanos de las cepas? La vegetación del campo que se extendía delante de mis balcones había perdido sus tonos verdes, y más lejos el mar sus tonos azules: todo estaba quieto, silencioso, hasta el Mediterráneo, que tantas veces había visto yo jugar con las rompientes de la costa; los pájaros se habían refugiado en los aleros y callaban también. Pudiera salir de aquel trance buscando asilo en la cocina donde reinaba movimiento, animación, y donde el fuego dominaba quemando gruesos troncos y encendiendo con resplandores rojizos, de un livor que ahora parecía alegre, las paredes de la estancia y los rostros de los reunidos en torno á la chimenea; entré un instante allí; pero aquel regocijo de la llama: aquel chisporrotear de la leña que ya había abrasado antes el sol: aquel gemir de la carne tostándose en las parrillas: aquel triunfo de la risa que animaba las facciones: aquel desentonar de voces que, multiplicando la conversación, daba al coloquio aspecto de murmullo, lejos de consolarme ó distraerme, aumentaron la inquietud de mi espíritu. Me parecía todo parodia ridícula, horrible, de las fiestas esplendorosas que celebraban fuera, en pleno aire, la luz y el ruido derrotados por la nieve en semejante ocasión.

Y... ahora que dejo la pluma para encender un cigarrillo, noto que los recuerdos de aquella edad han ganado mi ánimo; ¿qué relación tiene todo eso que aquí se cuenta con el estudio de Pérez Galdós? Según se mire. La emoción que he tratado de fijar va tan íntimamente unida á la que despertó en mí la lectura de *La Familia de León Roch*, que yo no sé separarlas; digo por qué en seguida, á saltos.

No pudiendo vencer la tristeza que me atormentaba, salí á la calle con ganas de buscar consuelo en la biblioteca del Casino; tenía éste un armario con dos docenas de librotos, los más inútiles, y buscando, buscando, entre tales volúmenes, leyendo los lomos, dí con un tomito de escasas páginas, que parecía esconderse medrosamente asustado de la *corpulencia* de los demás. Claro está que no había yo á la sazón trabado *conocimiento* con ninguno de los ingenios españoles, ni sabía distinguir en este punto lo negro de lo blanco; muy amigo de leer durante los ocios, para mí todos cuantos escribían eran iguales: escritores, talentos, gente aparte de lo vulgar. *La Familia de León Roch* influyó notable, y quizás decisivamente, en mis gustos y en mis aficiones, encaminando éstas de modo que pudieran educarse con tino y celeridad aquellos. Devoré las páginas del libro, sin punto de reposo, y al cerrarlas quedó mi imaginación absorta, sintiendo algo que era pasmo y sorpresa á la vez. ¿Cómo? ¡aquello era una novela! Nó, aquello no estaba escrito

(1) De todos los volúmenes que se nos manden dos ejemplares se hará un estudio en esta sección

para deleitar simplemente, para distraer y consumir la fantasía en la llama de las imaginaciones locas, despeñándola por los precipicios de lo absurdo. Tenía como se ve, de la novela una *noticia* (no puede decirse otra cosa) pobre, consonante con el criterio popular que han estado alimentando hasta aquí tantos y tantos gárrulos emborronadores de cuartillas. Permanecí largo rato con el volumen cerrado y el pulgar entre sus hojas, la mirada perdida vagamente á través de los cristales en que se reflejaba confusa la luz mortecina del crepúsculo, animada breves segundos por la blancor desesperante del arroyo. Ya no sentía frío en mis miembros, y no me acordaba de la nieve sino como se recuerdan las imágenes de un sueño; circulaba la sangre por las venas á impulsos de un hervor extraño; y era porque el cerebro, en plena revolución, transmitía fuerzas inusitadas á los glóbulos rojos: fuera de mis estudios, ya por entonces graves y serios, era el primer escrito de aquella índole que tuviese el mágico poder de alborotar las células, de barajarlas, de atraer ó revivir ideas quizás dormidas, de obligarme á reflexionar en resolución.

¿Se comprende ahora por qué he hablado de tantas cosas extrañas al estudio que me propuse hacer? Cuando salí á la calle llevaba alborozado el espíritu, ardiendo el cerebro, caldeada la sangre, y no echaba de menos los horizontes amplios, *sin límites*, iluminados por el sol con prodigalidad de caricias en aquella maravillosa región de levante, donde la naturaleza se expande de cabo á cabo de año y quema los racimos de uva en la vid. ¿Y cómo no he de contar yo todo lo que aquí cuento, como no he de contarlo, si aquella tarde está señalada con piedra blanca en mi existencia, y fué la de mi iniciación en el arte? Entonces aprendí (repito que sólo contaba trece años) que ese arte es ni más ni menos que una *naturaleza* para nuestro espíritu, una segunda naturaleza no divorciada de la que distinguen, ven y palpan nuestros sentidos, é *impresiona* nuestras facultades. Tan viva fué, tan profunda la emoción que sentí á impulsos de aquel espectáculo preparado por la atmósfera fría que llenaba de copos los tejados, la campiña, la calle, como la que produjo en todo mi ser aquel libro en cuyas páginas oreaba el mismo ambiente del mundo donde yo vivía, manteniendo de pie á los seres y animándolos con su soplo sutil. Se ha dicho que soy apasionado de Pérez Galdós. No lo sé. Pero en todo caso está muy bien explicado el motivo de este apasionamiento; puesto que él, Galdós, abrió con la magia de su palabra los horizontes de una vida nueva al niño que acababa de sentir toda la tristeza de la muerte en el momento mismo en que sus pupilas no podían dilatarse y á su alma saltaba el azul de los horizontes anchos, abiertos, tan radiantes en el día como en la noche.

*
**

Se me perdonará que haya puesto un poco *de mí* en estas notas; yo que tan enemigo soy en todas las manifestaciones del arte, y más todavía en los estudios críticos, de la personalidad, he creído oportuno ahora romper con este criterio: quizás he dado exagerada importancia á ciertos rasgos íntimos, y es posible también que parezcan pueriles, no obstante la ingenua sinceridad con que los expongo; pido perdón; pero yo debo al señor Pérez Galdós tal prueba de agradecimiento y cortesía, y son éstas prendas de mi carácter que nunca me duele prodigar. En fin, yo no podía hablar de una de las pocas glorias *efectivas* que nos quedan en este triste desmayar de nuestra fama, como simple revistero, llamándole á la buena de Dios maestro, genial, príncipe de príncipes.

Tiempo andando, algunos años, no muchos (seis no son muchos), después de la época citada, dije en público (estudio de crítica, editado por Tasso, nimias, pero pobres notas de un *muchacho*) que no me atrevía á profundizar en las obras de Pérez Galdós; y este respeto siéntolo más grande ahora que me tomo la libertad de escribir lo que va dicho.

Lo puse así, según lo repite mi pluma, con la profunda convicción de que á Galdós no puede estudiarle un entendimiento tan débil como es el mío; nada, ni aun los notables trabajos de Clarín (á quien yo venero), se ha expuesto en letras de molde que cante las excelencias de ingenio tan peregrino é ilustre.

¡Galdós! No se puede hablar de él sinó tentándose muy bien la ropa, ó de otra manera dicho, en actitud correcta, con guante blanco y quitándose el sombrero.

*
**

Galdós no es escritor como lo han sido muchos escritores famosos en España; no es sólo un novelista, un literato, que figure á la cabeza de nuestro artístico vivir. No es el suyo un nombre más que anda volando y revolando, en alas de la fama voluble y vocinglera. Es alma, es genio que vivirá perdurablemente con los españoles, y espejo de la cultura en que ha de reflejarse, para las venideras, nuestra actual generación.

Pues esa alma que anima un carácter sencillo, dando á la personalidad no sé qué sello encantador, resulta complicada, inmensa, sutil y varia á la par, en cuanto se produce como talento, como potencia creadora: así su ingenio es hasta la hora presente *inedible*, por lo extenso, por lo profundo, porque no descubre el crítico los horizontes y las lejanías cuya albas iluminan el espíritu de este hombre prodigioso, privilegiado por Dios. En arte va, por ejemplo, de un infinito á otro con fecundo é inagotable aliento, de una volada, brillando, en cuantas esferas se manifiesta y agita, con todas las galas y maravillas de la luz; levantando á su paso un enjambre de pensamientos y de ideas. La actividad de su cerebro es portentosa, y á su conjuro la forma adquiere aspectos distintos, en inacabable y sorprendente escala de matices, como en la Naturaleza la humana encarnación, que presentando un tipo mismo, se reproduce, pero no se copia ni se imita jamás.

En el estudio próximo, determinaré, concretándolas, estas consideraciones.

J. F. Luján



UN VIAJE DE REGREO

(CONTINUACIÓN)

DE repente Eulalia palideció, exhalando un gemido casi imperceptible.

—¿Qué le sucede á usted, Eulalia?

—No es nada, dijo la joven, que parecía sentir y disimular una gran molestia.

—Oh, sí; es que sufre usted algún disgusto, dijo Luis, procurando inspirar la mayor confianza á su compañera de viaje.

—Pues bien, exclamó ésta en voz baja; sepa usted, Luis, que ese caballero grueso que va enfrente de nosotros, me está molestando con sus enormes piés horriblemente. En vano trato

de apartarlos con los míos, pues siempre me vuelve á molestar con la mayor insistencia.

—¡Eh, señor de Biombo!, dijo Luis acercándose al que parecía un ídem: ¿queréis dejar en paz á esta señorita?

Pero el hombre gordo, por más que Luis gritaba y llegó hasta darle un buen meneo, no daba señales de vida.

—Es preciso hacerle comprender sus deberes á este tío que se hace el sordo; así es que yo me encargo de contestar á su primera embestida.

Efectivamente, Luis colocó sus piés de modo que pudieran caer como el mazo de un batán sobre los de aquel señor gordo, apenas se volviese á salir de sus casillas.

Pasó después algún tiempo, pasaron algunas leguas más de su viaje y pasaron algunas otras cosas desapercibidas, pero un ligero estremecimiento de Eulalia le hizo comprender á Luis que había moros en la costa y descargó con todas sus fuerzas el golpe oportuno.

Un ¡ay! desgarrador se le oyó pronunciar al hombre gordo, que poniéndose al propio tiempo de pie, continuó gritando como un energúmeno. Aquella mole de carne humana, echando chispas y pegando botes, parecía una fiera salvaje cuando se halla herida y encerrada.

—Parece que le escuece, dijo Luis á Eulalia, en voz baja; veremos si escarmienta.

—Caballero, exclamó el señor gordo, usted me ha herido en lo más sensible de mi cuerpo, pues soy el hombre que más callos puede reunir en sus piés, y siento decirle que le voy á romper las muelas si es que lo ha hecho á posta.

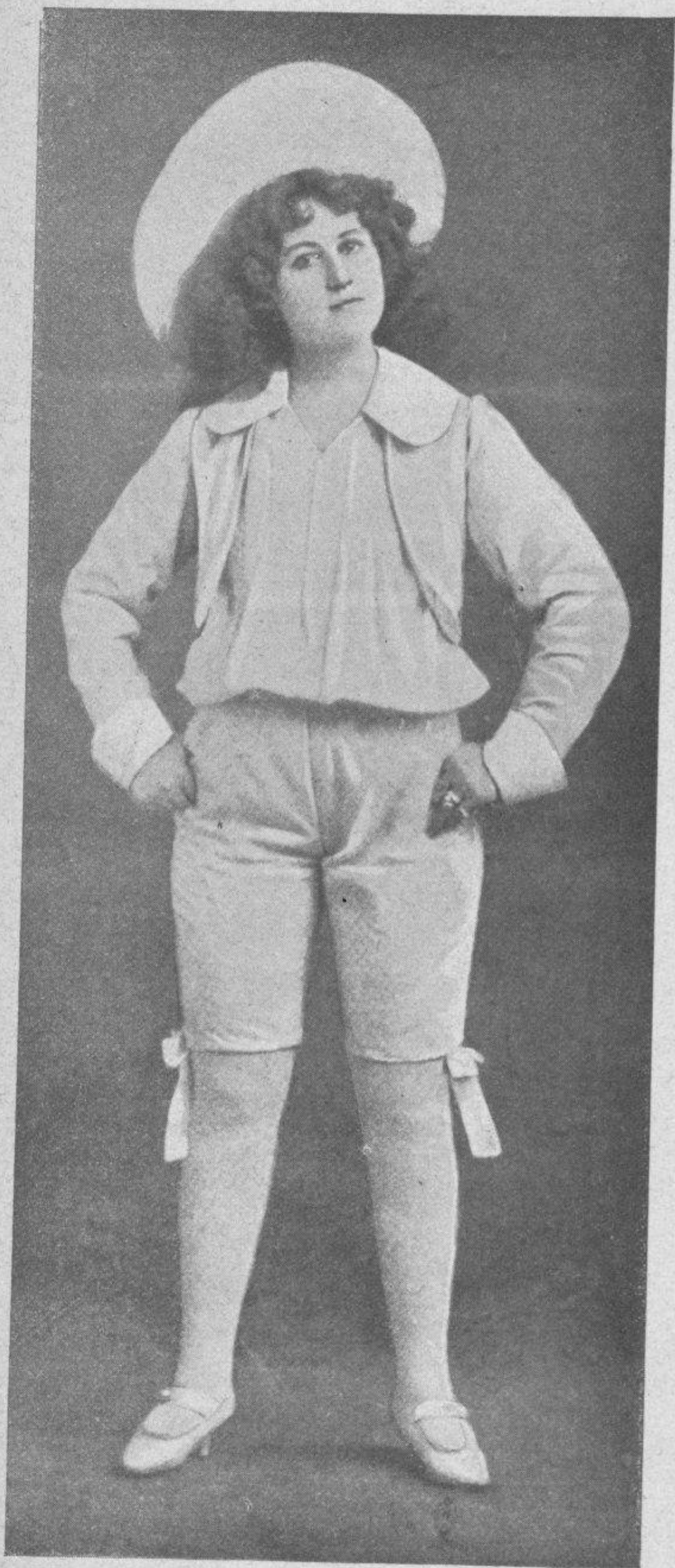
—Las muelas no se rompen, señor mío; se sacan cuando á uno le estorban, y yo espero que usted no se atreva á sacármelas contra mi gusto. Por lo demás, si usted no hubiese querido abusar, invadiendo el cercado ajeno, se hubiera evitado esta lección á sus años.

—¡Insolente!, á mí con esas...

—Pues aguarde usted otras, tío cazurro.

—Por Dios, Luis, tenga usted calma, dijo Eulalia, que me voy á ver comprometida.

El señor fenómeno, que lo era en verdad por su facha y gordura, no cesaba de vociferar y proferir insultos. Luis se contenía á



COMPUESTO Y SIN NOVIA

duras penas por complacer á Eulalia y contestaba devolviendo insulto por insulto; la joven se interponía entre los dos llorando; el ruido que producían las voces, acompañado del que causaba el tren pasando entonces por un largo túnel, era espantoso, y los otros dos viajeros, despertando de mal humor con aquel jaleo, increpaban á los autores de esta escena, reclamando dormir en paz.

Uno de ellos se distinguía especialmente por sus gritos semisalvajes y sus formas groseras, sin que pudiera entenderse una sola palabra en aquella confusión.

—¿Qué es lo que usted dice?, exclamó Luis dirigiéndose á este nuevo energúmeno.

—Que ten... ten... tengan con... conside... de...

—Hable usted más claro, hombre.

—Ma .. ma... majade... de... de-ro, continuaba el otro.

—Este señor es tartamudo, le dijo á Luis por fin su compañero.

Una carcajada casi general fué la contestación á estas palabras, pues no era posible que sucediese otra cosa viendo al señor tartamudo queriendo dominar por completo aquella situación é imponerse á todos por medio de su autorizada palabra.

Distraídos, pues, con este nuevo incidente, todos se aplacaron, incluso el tartamudo, que oía las explicaciones de su compañero y veía que no era ya hostigado por los otros. Además, la presentación de un nuevo personaje con dorado uniforme que acababa de penetrar como por encanto en el coche, causando un efecto sorprendente, hizo que las miradas, sorprendidas éstas, atónitas aquéllas, se fijasen en él.

Era un empleado de la compañía, que con voz imperativa dijo:

—Los billetes.



—Y Á MÍ, ¿QUIÉN ME TOSE?



BROMAS DE CARNESTOLENDAS

Todos fueron presentando los suyos á la artística caricia del taladro, y mientras tanto Luis, que no podía hacerlo, se dirigía á Eulalia pidiéndole gracia para encender un cigarrillo que acariciaban sus dedos, y obtenía, envuelto en una dulce sonrisa, el competente permiso.

—Caballero, el billete; le dijo á Luis el empleado.

—¡Ah!, sí, es verdad, voy á sacarlo, señor mío.

Y tomando del bolsillo de su pantalón una pequeña llave, comenzó á dar vueltas por el coche haciendo levantarse á los viajeros, para encontrar su cabás que nunca parecía.

—¡Estoy lucido!, dijo de pronto Luis dirigiéndose al empleado; busco mi cabás adonde puse el billete y ahora recuerdo que me lo he dejado sobre una silla, en el café de la estación.

—¿En Madrid, caballero?

—Allí precisamente, y era todo mi equipaje.

—Tendrá usted que abonar otro billete por su descuido.

—No habría inconveniente en ello, si no fuera porque hasta me he dejado dentro de él mi dinero.

—En ese caso tendrá usted que quedarse en la estación más próxima y esperar allí el resultado de sus gestiones, ó presentar persona que garantice el pago del billete.

—Sí, que se quede, que se quede, dijeron á la vez los señores viajeros.

—No hay inconveniente, exclamó Luis.

—Yo no consentiré tal violencia, repuso Eulalia; y suplico á usted disponga de mi bolsillo para satisfacer el billete de este caballero, que se dirige á San Sebastián y debe acompañarme.

—Muy bien, señora, respondió el empleado; se formará y vendrá á cobrarse en seguida el oportuno suplemento.

El del uniforme salió. Luis dió las gracias á Eulalia con la más dulcísima expresión de sus ojos, el tren siguió marchando rápidamente y cada uno en su puesto, vieron, ya tranquilos, lucir el sol de un nuevo día, que tal vez era para Luis y Eulalia preludio celestial de dicha y esperanza.

V

La estación más próxima, Valladolid, permitió á nuestros viajeros salir del coche á estirar las piernas, y Luis pudo obligar á Eulalia á entrar en la fonda para tomar un ligero desayuno.

Allí hizo Luis que apareciesen, como olvidados, en el fondo de su chaleco, los tres flamantes Amadeos que le sirvieron de base para atreverse á llevar á cabo su viaje.

Como verdaderamente había tenido la buena ocurrencia de dejar en Madrid, en un rincón del café de la estación, el cabás con ropa vieja y un par de viejas botinas, no tuvo inconveniente en reclamar en Valladolid que se enterasen por medio del telégrafo, si estaba su equipaje en el sitio citado, y antes de que siguiera su marcha el tren, tuvo la satisfacción de oír, á presencia de Eulalia y por un empleado de la empresa, que efectivamente había parecido el saco de noche y estaba en Madrid á su disposición.

—Bien, contestó Luis; yo avisaré adonde deben remitirlo (que sería indudablemente á casa de su verdadero dueño); y con tales pruebas de verdad, ¿cómo había de desconfiar Eula-

lia de que Luis era todo un caballero? Y efectivamente lo era; porque si acaso no le abrieron á su tiempo las puertas del cielo algunas de sus aventurillas amorosas, bien podemos decir que en la tierra más dejó favores á su cargo que deudas pendientes.

En fin: cuando la juvenil pareja volvió á su coche, el señor de la encopetada barriga había cambiado de departamento y sólo les hacía compañía el joven tartamudo y su compañero, que ajenos ya de cuidados, devoraban tranquilamente una enorme tortilla, dos pichones, un conejo y otras frioleras, que al compás de sendos tragos, iban depositando nuevamente entre pecho y espalda, sin cesar de ofrecer algunas magras á sus antiguos compañeros.

El pobre tartamudo, para poner de manifiesto la eterna contradicción de las cosas humanas, tenía comezón de hablar después que hubo almorzado, y gracias á su amable compañero, pudieron librarse Luis y Eulalia de una serenata ó canto llano, ciertamente bien poco agradable.

Por éste supieron también que aquellos honrados jóvenes eran maestros en el arte de... afeitar al prójimo, y que marchaban á San Sebastián con el fin de establecer allí una flamante *peluquería madrileña*, durante aquella temporada de baños, cuando menos.

El resto del viaje se verificó sin incidentes notables ó dignos de ser ahora referidos.

Luis y Eulalia tuvieron muchas cosas que decirse, se hicieron algo amigos y acaso, acaso, les faltó tiempo para admirar las bellezas naturales del camino, las artísticas obras de fábrica construídas en él por la mano del hombre, y otros mil variables accidentes de la línea.

Entre comer, charlar y dormir, se les pasó á los otros el tiempo.

En fin: cuando las sombras de la noche, avanzando lentamente por nuestra querida bola terrestre, iban casi á tocar con el tren, llegaba éste á la estación de Hernani, y una alegre familia esperaba en el andén á Eulalia, que al salir del coche decía tier-

namente á su compañero:

— ¿Me escribirás, Luis?

— Seguramente, querida Eulalia.

— Bien, adiós...

— Adiós, y pronto nos veremos.

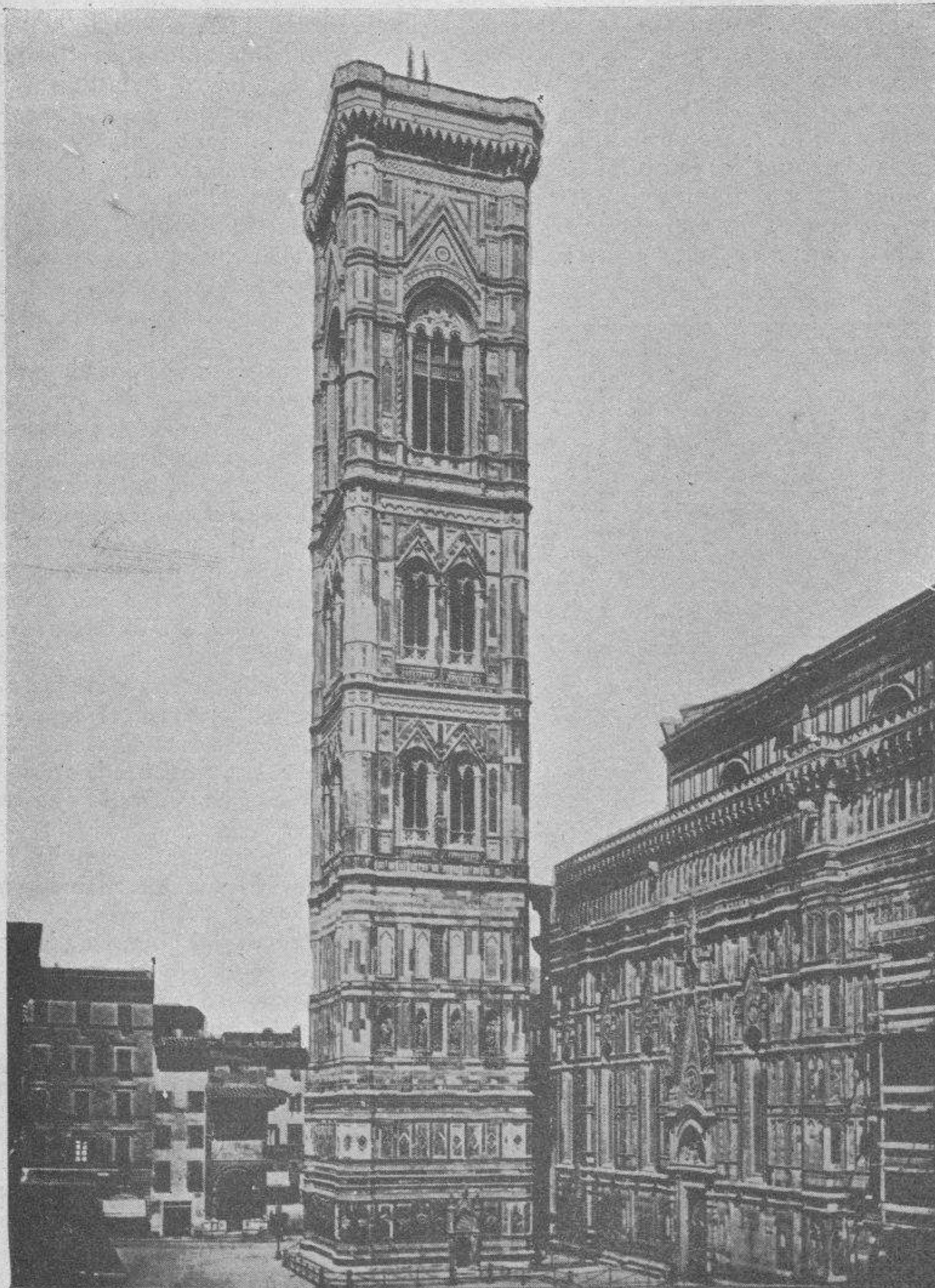
VI

Algunos minutos después llegaba el tren á San Sebastián, y Luis se arrojaba en los brazos de su querido primo, que era para él su más cercana Providencia.

— Bien venido, le decía Juan; comprendo por tu falta de equipaje que vendrás como otros años sin dinero. Perfectamente, querido Luis; eso no es un defecto del que haya necesidad de avergonzarse, y menos cuando tú has conseguido el título de abogado que yo á mis años y con tantos títulos de renta y de nobleza, no he podido alcanzar todavía. Bien, muy bien; ya sabes que aquí no ha de faltarte nada y que siempre te recibe la familia con los brazos abiertos.

B. PÉREZ RIOJA

(Concluirá)



CAMPANARIO DE GIOTTO (MILÁN)

Señor, señor San Antonio

PETRA era una morena de *bíten*, vamos, una morenaza con unos ojazos que cuando miraban era quitando la respiración al más santo é impasible de los hombres; los mozalbetes andaban *dislocaos* por ella. Había venido de la Mancha á servir á unos señorones de Sevilla: su candidez, su ejemplar proceder en el ajuste de cuentas de la compra, le habían granjeado el aprecio de sus amos. Era apasionadísima devota de San Antonio, como suelen serlo todas las muchachas casaderas.

Enriquito Valero, primogénito de la casa de aquellos señorones, niño acostumbrado á gastar y perder el tiempo en aventuras fáciles, á la vida ociosa y regalada con que por sugestión del mimo suelen criar por acá los ricos á su prole, le hacía el amor á un macho de escoba, con tal que llevase faldas: sus ojos pequeñines y chispeantes, aunque un tanto ribeteados de escasísimas pestañas, bailaban siempre que la Petra pasaba por su lado. Los piropos eran muy frecuentes en aquel calaverilla vulgar é inocentón, y á pesar de que Petra se mostraba esquiva y desdeñosa con el señoritín, él seguía, terne que terne, brindándola con mil promesas, cansado, empalagoso.

Se estrenaba en el teatro de San Fernando uno de los dramas más espeluznantes, retrato fiel de aquellos tiempos de Maricastaña. No faltaron á la representación los amos de Petra. Enriquito les acompañó hasta la calle de la Sierpe, donde, pretextando que tenía que avistarse con unos amigos, se separó de los viejos, y atravesando por las cuatro esquinas de San José, se situó en la calle de Tetuán, desde donde pudo observar que los autores de sus días penetraron en el coliseo.

—Esta es la mía,—se dijo el tronera; y como alma que lleva el demonio, en menos de un periquete se encontró á la puerta de su domicilio. Petra, ocupada en las faenas de la cocina, no se dió cuenta de que el señorito, valiéndose del llavín, había penetrado en la casa y estaba á su espalda oyendo con deleite aquellas manchegas que por *too lo jondo* se cantaba la barbiana, la cual, volviendo la cabeza instintivamente, se encontró de manos á boca con el mancebo, quien, sin darle tiempo, la llevó en volandas, cogiéndola por la cintura, hasta conseguir sentarla á viva fuerza en el diván del comedor. Sobresaltada ante aquel brutal cuanto inesperado ataque, no pudo sacar fuerzas de flaqueza. Horrible desaliento se apoderó de la Petra, y se la vió vacilar, entre aterrada y confusa. Conoció el Tenorio las ventajas de esta situación, y quiso aprovecharse rápidamente de un momento tan feliz, asegurando la victoria con un golpe de mano audaz y atrevido. Convencida la muchacha de que la lucha era imposible, con ojos bañados en llanto, exclamó:

—¡Señor, señor, señor San Antonio!, venid en mi ayuda.

Repitió varias veces las mismas palabras, sin que pareciera que el santo invocado estuviera pronto á prestarle socorro alguno; desprendióse por un supremo esfuerzo de los brazos del señorito, y cayó de rodillas.

Inmediatamente y como obra de encantamiento, apareció en el dintel de la puerta un caballero elegantemente trajeado con un largo levitón y una descomunal chistera, y dando un golpe con su bastón en el suelo, se colocó entre aquella pareja. Enriquito dió un salto como picado por una víbora y echó á correr escaleras abajo dándose de zapatetas con los talones.

Repuesta ya del susto, interpeló Petra al aparecido:

—¿Quién es usted, señor? ¿Cómo ha entrado hasta aquí?

A lo que repuso aquél:

—¿No me has llamado? Yo soy San Antonio.

Petra soltó la carcajada, y añadió socarronamente:

—Pues si tarda un poquito más, hace el viaje en balde.

—Otra vez que me necesites,—contestó el otro,—no digas señor San Antonio, pues como me has llamado señor, he tenido que buscar la levita y la chistera y despojarme de los hábitos talaes.



DELICIAS MATERNALES

JOSÉ SELMA ORTIZ



ANTES DEL BAILE.—¡TRABAJO LE MANDO SI CON ESTOS ZAPATOTES HA DE RECONOCERME POR LOS PIÉS!

MISCELANEA

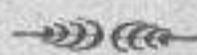
Un posadero se fué á confesar, y el sacerdote le preguntó si había alguna vez untado con sebo los dientes de las caballerías de sus parroquianos para que no pudiesen comer la cebada.

—¡Nunca!, dijo el posadero.

A la confesión siguiente, el posadero se acusó de haber cometido muchas veces el pecadillo de que la otra vez estaba inocente.

—¿Cómo es eso? ¿Así se enmienda, hermano, que antes no untaba los dientes de las bestias, y ahora sí?

—Es que hasta que su merced me lo enseñó, yo no lo sabía, contestó el posadero.



Un andaluz que blasonaba mucho de valiente, se situó un día á la entrada de una calle por donde transitaban muchas personas, diciendo á todas:

—¿Quién quiere algo con este guapo?

Nadie osaba á contestarle, y ya se creía invencible, cuando uno, que debía conocer el carácter del país, acercándose al valentón, le dijo enérgicamente:

—¡Yo!

—Pues mire usted, respondió sin inmutarse: arrímese usted á mí, y veremos quién puede ahora con los dos.



Charada

—*Dos tercias* cuando me acerco me dice siempre mi *Todo*.

No juegues, que están mirando y aunque tú seas mi esposo, ciertas cosas... francamente no están bien de ningún modo.

—Hija,—entonces le contesto,—*tres prima* tu bello rostro y no tendré pensamientos que tú crees pecaminosos.

—*Dos tres* hombre, no es tal cosa, y perdón si te incomodo, pero juro por quien soy, ¡te lo promete tu *Todo!*, que yo no me quejaría, pero me molesta un poco, que puedan vernos jugando como si fuéramos locos...

Y terminó la charada y me marchó por el foro.

MORENO



Jeroglífico comprimido

De de En en

IGNACIO CANAS

Cruz

```

      *
    * * *
  * * *
* * * * * * *
* * * * * * * * *
  * * * * * * *
    * * *
      * * *
        *
    
```

Substituir las estrellitas por letras de modo que, leído vertical y horizontalmente, resulten tres apellidos.

J. GÓMEZ RODRÍGUEZ

Soluciones á lo insertado en el número 481:

CHARADA.—Capazo.

CUADRADO.—

```

P E D R O
E O T
D O N D E
R D R
O T E R O
    
```

ESCALA GEOGRÁFICA.—

```

DOLORES
REQUENA
MIRANDA DE EBRO
FALSET
SOLSONA
LAREDO
SIGÜENZA
    
```

Correspondencia

A. C. R.—No empezamos mal:

«Tu amistad y mi dinero salieron juntos una noche á pasear y me encontré al otro día sin mi dinero y sin tu amistad.»

Y usted se la venga ahora mandando á los semanarios ripios mayores y menores. Siempre hemos de pagar nosotros las inocentadas de los poetas. ¿Por qué no dejó usted en casa el bolsillo, contra?

T. M. U.—Eso se lo cuenta usted á su abuela, que es posible que le caiga la baba de gusto.

Solfa.—Allá vá un botoncito de su cuento:

«Todavía no había comenzado á alborear la luz cuando nos encontramos en una altura, que como no había luz no sabíamos si era altura ó qué...»

Nada, que nos deja usted á obscuras. Otro botón:

«Desde el alto de una higuera muy frondosa, vi á una zagala muy rústica y muy ancha de formas y muy metida en harina con un zagalón fornido y muy bruto; pero á las zagalas les gustan así muy brutos y muy fornidos. Corramos un velo...»

Corrámoslo. Se conoce que está usted enamorado de las tinieblas.

S. P. E.—Para cantar gracioso, éste:

«Si será bestia tu padre que me ha dicho que otra vez

que me encuentre en la escalera
me da un mordisco en la nuez.»

¡Sí que es bestia, hombre! Y que como apriete en la consonante esa, no vuelve usted á cantarle á la novia.

S. G. N.—Dice usted:

«Los, boers, han vencido, porque, es santa, la causa, que, defienden y, batalla con ellos, la espada, flamígera, del Dios de las, victorias.»

¿Pero usted se figura que las comas son como la sal que se echa á puñados en la comida?

Oso.—Se dan cantares, vamos:

«No me importa que no quieras
enamorarte de mí,
porque aunque tú eres muy guapa
niña, me c... en tí.»

¡A la cuadra!

Román.—Hay cosas que está bien que le pasen á uno, pero no que las cuente: conviene tener un poquito de vergüenza, aunque sólo sea un poquito. Creo, en efecto, que será usted tan ingénuo como dice, y que esa historia es la verdadera historia de su vida, y creo también que le hago un verdadero favor no publicándola.

A. F. F.—Es usted todo un filósofo cuando afirma:

«Los viejos están llamados á desaparecer.»

Seguro, seguro. No van á quedar aquí para simiente de nabos. ¿Y usted qué tal? ¿A qué le parece que está usted llamado, querido?

L. C.—Idilio en bicicleta:

«Montamos los dos: ella delante,
yo siempre detrás
infatigables ambos corrimos
soplándole al pedal.
Y sopla que sopla, lengua tras lengua
tanto dimos en correr
que ya ni Cristo sabe donde estamos
á la hora de comer.»

Eso es inspiración y lo demás pamplinas y armas al hombro. ¡Que me digan después que la poesía muere, y que no tiene poetas la juventud! Poetas que soplan pedales y que no saben donde están á la hora de comer. Permítame, sin embargo, una enmienda. Yo sí que sé donde está usted á esa hora y á todas las horas del día, aunque confieso modestamente que no soy Cristo: está usted en Babia.

R. G. A.—Muy arregladito y apañadito es posible que se pueda publicar.

Periquín.—No tiene usted la culpa de ser un ignorante, pero yo tampoco la tengo: de modo que... pata.

J. F. D.—No, señor; las quintillas no tendrán seis versos hasta que cambie el curso de las estrellas, y así se empeñe su padrino Pidal y Mon. Si él leyó las que usted me manda, habrá sido durmiendo una siesta.

Currillo.—T. F.—A. L. H.—Soplón.—N. G.—A. P. C.—Es imposible aceptar nada de lo que han escrito para este periódico.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)



La Vie Simon

M. L. Simon

TOULOUSE

Présentation en vente de la collection de la Vie Simon

1. SIMON - 12 Rue de la République - PARIS



20 cents.

Num. 483

